

ЛЕГКО ЧИТАЕМ
ПО-ИСПАНСКИ

4
УРОВЕНЬ



Мигель де Сервантес
ХИТРОУМНЫЙ ИДАЛЬГО
ДОН КИХОТ ЛАМАНЧСКИЙ

Miguel de Cervantes
DON QUIJOTE DE LA MANCHA

словарь • комментарии

Мигель де Сервантес Сааведра

**Хитроумный идадьго Дон Кихот
Ламанчский / Don Quijote de la Mancha**

«АСТ»

2015

УДК 811.134.2(075)

ББК 81.2 Исп-9

Сервантес Сааведра М.

Хитроумный идалго Дон Кихот Ламанчский / Don Quijote de la Mancha / М. Сервантес Сааведра — «АСТ», 2015 — (Легко читаем по-испански)

«Хитроумный идалго Дон Кихот Ламанчский» – знаменитый роман Мигеля де Сервантеса, написанный в начале XVII века. Без сомнения, приключения Рыцаря печального образа и его верного оруженосца Санчо Пансы известны каждому, кто заинтересован в испанском языке и культуре. Данное издание позволит читателю познакомиться с обеими частями великого произведения в оригинале. Книга сокращена и адаптирована в соответствии с нормами современного испанского языка; в тексте сохранена сюжетная линия и все особенности яркого языка автора. Сноски поясняют сложные моменты, пословицы и реалии, а в конце книги вы найдете краткий словарь. Предназначается для продолжающих изучать испанский язык (уровень 4 – для продолжающих верхней ступени).

УДК 811.134.2(075)

ББК 81.2 Исп-9

© Сервантес Сааведра М., 2015

© АСТ, 2015

Содержание

PRIMA PARTE	6
Prólogo	6
Capítulo I	7
Capítulo II	9
Capítulo III	11
Capítulo IV	13
Capítulo V	16
Capítulo VI	18
Capítulo VII	20
Capítulo VIII	22
Capítulo IX	23
Capítulo X	24
Capítulo XI	25
Capítulo XII	27
Capítulo XIII	29
Capítulo XIV	31
Capítulo XV	33
Capítulo XVI	35
Capítulo XVII	37
Конец ознакомительного фрагмента.	38

Мигель де Сервантес. Хитроумный идальго Дон Кихот Ламанчский / Miguel de Cervantes. Don Quijote de la Mancha

© ООО «Издательство АСТ», 2015

PRIMA PARTE

Prólogo

Estimado lector, créeme si te digo que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso y discreto que pueda imaginarse. Pero ¿qué podía surgir de mi pobre ingenio sino la historia de un hijo seco y arrugado, que nació en una cárcel donde habitan la incomodidad y el ruido?

Por el contrario, el sosiego, la paz de los campos, la serenidad de los cielos, el sonido de las fuentes y la tranquilidad del espíritu ayudan a que las musas se muestren generosas.

Sucede que un padre tiene un hijo feo y su amor por él le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas. Pero yo, que no soy padre, sino padrastro de don Quijote, no quiero que me suceda lo mismo; ni quiero, querido lector, pedirte que perdones las faltas que veas en este hijo mío; al contrario, di libremente todo lo que quieras de esta historia sin temor.

Quisiera dártela sin presentaciones ni explicaciones de personajes importantes ni autores famosos. Pero me siento confuso. ¿Qué opinión tendrán de mí cuando vean que ahora, a mi edad, escribo una historia pobre de estilo y de conceptos? Esto mismo le dije a un amigo mío, el cual me contestó que, si lo que pretende esta historia es acabar con la autoridad de los libros de caballerías, no hacen falta sentencias de filósofos ni de santos. Bastará con escribir empleando palabras honestas y bien colocadas, e intentar, también, que el triste, al leer la historia, se ría; que el risueño ría más; que el simple no se enfade; que el discreto goce con la invención; que el serio no la desprecie, y que el prudente la alabe.

Con estas buenas razones y consejos, me propongo, sin rodeos¹, ofrecerte, lector amigo, la historia del famoso don Quijote de la Mancha — de quien opinan todos los habitantes del campo de Montiel² que fue el más puro enamorado y el más valiente caballero—, y de su escudero, Sancho Panza, en quien pongo resumidas todas las cualidades que encontrarás en los libros de caballerías. Y con esto, Dios te dé salud, y a mí no me olvide.

¹ sin rodeos – не ходя вокруг да около

² campo de Montiel – комарка Ла-Манчи, в которой разворачивается действие

Capítulo I

El famoso hidalgo don Quijote de la Mancha

3

En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no hace mucho tiempo que vivía un hidalgo de escudo antiguo, rocín⁴ flaco y galgo corredor. Comía más vaca que cordero, carne picada muchas noches, huevos con tocino los sábados y algún pollo los domingos.

Vivían en su casa una ama⁵ que tenía más de cuarenta años y una sobrina que no llegaba a los veinte. Había también un criado que lo mismo ensillaba el rocín que podaba las viñas.

Nuestro hidalgo tenía casi cincuenta años. Era fuerte pero flaco, de pocas carnes y cara delgada, gran madrugador y amigo de la caza. No se sabe si su nombre era Quijada o Quesada, pero lo más probable es que fuera Quejana.

Este buen hidalgo dedicaba sus ratos libres a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó la caza y hasta la administración de su casa. Vendió muchas de sus tierras para comprar libros de caballerías y juntó todos los libros que pudo. El pobre caballero perdía la razón intentando comprender todas las lecturas. Discutía con el cura de su aldea sobre cuál había sido el mejor caballero: Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula⁶.

Tanto se metió en sus lecturas que se pasaba los días y las noches leyendo. Leía tanto y dormía tan poco, que se le secó el cerebro y se volvió loco. Se le llenó la imaginación de todo lo que leía sobre encantamientos, batallas, desafíos⁷, amores y disparates imposibles, y para él no había nada más cierto en el mundo.

Cuando perdió la razón por completo, se le ocurrió el más extraño pensamiento que jamás tuvo ningún loco: hacerse caballero andante e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar aventuras y a hacer todo lo que hacían los caballeros andantes que aparecían en sus lecturas, poniéndose en los más difíciles peligros para lograr fama eterna.

Lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus abuelos. Fue luego a ver su rocín, que, aunque estaba muy flaco, le pareció que ni Babieca del Cid⁸ se podía comparar con él.

Pensó que debía poner un nombre a su caballo, al igual que otros caballeros famosos. Después de mucho pensarlo, decidió llamarlo Rocinante, nombre sonoro y significativo de lo que había sido antes, cuando fue rocín, porque ahora era el primero de todos los rocines del mundo.

Cuando puso nombre a su caballo, quiso ponérselo a sí mismo. En ello estuvo pensando ocho días hasta que decidió llamarse don Quijote. Pero recordó que Amadís añadió a su nombre el de su tierra y se llamó Amadís de Gaula. Como buen caballero, él también hizo lo mismo y se llamó don Quijote de la Mancha.

Le faltaba buscar una dama de quien enamorarse, porque un caballero andante sin amores es como un árbol sin hojas y sin fruto.

En el pueblo cerca del suyo, había una moza labradora de muy bien parecer⁹ de la que él estuvo enamorado, aunque ella jamás lo supo. Se llamaba Aldonza Lorenzo, pero él creyó que

³ hidalgo – идалго; человек, происходящий из благородной семьи

⁴ rocín – кляча

⁵ ama – домоправительница, ключница

⁶ Palmerín de Inglaterra, Amadís de Gaula – вымышленные герои популярных в то время рыцарских романов

⁷ desafío – вызов на поединок

⁸ Babieca del Cid – лошадь Сида Кампеадора, национального героя Испании времён Реконксты, героя знаменитой эпической поэмы на кастильском «Песнь о моём Сиде»

⁹ de muy bien parecer – миловидная

debía darle un nombre que recordara el de una princesa y gran señora y la llamó Dulcinea del Toboso, porque había nacido en ese pueblo.

Capítulo II

La primera salida de don Quijote

Acabados estos preparativos, no quiso esperar más tiempo para poner en práctica su pensamiento, porque él creía que hacía mucha falta en el mundo para deshacer agravios¹⁰ y reparar injusticias. Así, sin decir nada a nadie, una mañana del mes de julio cogió su escudo y sus armas, subió sobre Rocinante y salió al campo, muy contento al ver que había dado principio a su buen deseo.

Pero pronto recordó que no había sido armado caballero¹¹ y, según la ley de la caballería, no podía ni debía utilizar las armas para enfrentarse con ningún caballero. Estos pensamientos le hicieron dudar un poco, pero pudo más su locura que otra razón y decidió que al primero que encontrara en su camino le pediría que le armara caballero, tal como había leído en sus libros de caballería.

Con estos pensamientos se tranquilizó y siguió el camino que su caballo Rocinante tomaba por los campos de Montiel. Mientras tanto, iba pensando: «Dichoso siglo aquel en que saldrán a la luz¹² mis famosas hazañas para la eterna memoria. ¡Oh, tú, sabio escritor, tú que contarás esta historia nunca vista! Te ruego que no te olvides de aventuras». Luego se decía, como si verdaderamente estuviera enamorado: «¡Oh, princesa Dulcinea, señora y dueña de mi corazón! Os ruego que os acordéis de vuestro esclavo, que tanto sufre por vuestro amor». Así iba añadiendo estos y otros disparates, como los que le habían enseñado sus libros.

Caminó todo el día y no sucedió ninguna cosa, por lo que él se desilusionaba porque estaba ansioso de demostrar su valor y la fuerza de su brazo. Al anochecer, su rocín y él estaban cansados y muertos de hambre. Iba mirando a todas partes por ver si descubría algún castillo o alguna cabaña de pastores donde alojarse, cuando vio cerca del camino una venta¹³, a la que se dirigió a toda prisa. Estaban en la puerta dos mujeres mozas, de esas que llaman de mala vida, que iban a Sevilla. Como don Quijote se imaginaba que todo lo que veía era igual que en los libros de caballería, al ver la venta le pareció un castillo y las mujeres, dos hermosas doncellas¹⁴ que estaban divirtiéndose. Las mozas, al ver venir a un hombre armado de esa forma, se asustaron y salieron corriendo. Don Quijote intentó tranquilizarlas con esas palabras:

–No huyan vuestras mercedes, pues la ley de caballería me impide hacer el mal, y menos aún a tan hermosas doncellas.

Cuando las mozas oyeron que las llamaba doncellas, a ellas que habían conocido ya muchos hombres, no pudieron contener la risa. Y cuanto más reían ellas, más se enfadaba don Quijote.

En esto, apareció el ventero y, teniendo que el enfado moviera a tan extraño caballero a usar las armas, le dijo:

–Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, aquí encontrará de todo menos cama, porque no hay ninguna.

Don Quijote le respondió:

–Para mí, señor castellano¹⁵, cualquier cosa me basta, porque mis ropas son las armas y mi descanso el pelear.

¹⁰ deshacer agravios – восстановить справедливость

¹¹ ser armado caballero – быть посвящённым в рыцари

¹² saldrán a la luz – увидят свет

¹³ venta – (зд.) постоялый двор

¹⁴ doncellas – юные девы

¹⁵ castellano – (зд.) смотритель замка

El ventero ayudó a don Quijote a bajar del caballo y le ofreció luego algo de pescado para la cena. Le atendieron las don mujeres, que antes ya habían ayudado al caballero a quitarse las armas. Sorprendido, dijo don Quijote:

—Nunca un caballero fue
de damas tan bien servido,
como lo fue don Quijote
cuando de su aldea vino:
doncellas cuidaban de él;
y princesas, de su rocino.

Pero lo que más le preocupaba era no verse armada caballero, pues pensaba que no podría comenzar ninguna aventura sin recibir la orden de caballería.

Capítulo III

Don Quijote es armado caballero

Preocupado con este pensamiento, llamó al ventero. Se encerró con él en la caballeriza¹⁶, puso de rodillas y le dijo:

–No me levantaré jamás del suelo, valeroso caballero, hasta que me conceda el deseo que quiero pedirle.

El ventero le dijo que así lo haría y don Quijote siguió su discurso:

–No esperaba menos de vuestra merced. El deseo que os pido es que mañana me tenéis que armar caballero. Esta noche en la capilla de vuestro castillo velaré las armas¹⁷ y mañana se cumplirá lo que tanto deseo, para poder ir como se debe por las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en favor de los necesitados.

El ventero enseguida se dio cuenta de que estaba loco y, para divertirse, le siguió la broma. Le hizo creer que su deseo era muy acertado, muy propio de los caballeros tan importantes como él. Le dijo también que en su castillo no había capilla donde velar las armas, pero que podía hacerlo en el patio del castillo y por la mañana se harían las debidas ceremonias.

El ventero le preguntó si traía dinero; respondió don Quijote que no llevaba nada, porque él nunca había leído en las historias que los caballeros andantes lo necesitasen. El ventero le dijo que se equivocaba, que no lo había leído porque era una cosa clara y evidente llevar dinero y camisas limpias. Además, solían llevar una caja pequeña llena de ungüentos¹⁸ para curar las heridas recibidas en los combates, porque no siempre en los campos y desiertos donde combatían había quien los curara.

Don Quijote prometió hacer todo lo que le recomendaba con toda puntualidad y luego empezó a velar las armas en un patio grande que había en la venta.

Don Quijote recogió todas las armas y las sobre una pila¹⁹ que había junto a un pozo. Cogió la lanza y comenzó a pasear delante de la pila. Cuando inició el paseo ya era de noche.

Uno de los arrieros²⁰ que allí había quiso dar agua a sus animales, por lo que tuvo que quitar las armas que don Quijote había colocado en la pila. Este, al verlo llegar, le dijo:

–¡Oh, tú, atrevido caballero que llegas a tocar las armas del más valeroso caballero andante! Mira lo que haces y no las toques, si no quieres perder la vida por tu atrevimiento.

El arriero no hizo caso de estas razones y quitó las armas allí. Entonces don Quijote levantó la lanza y dio un golpe tan grande al arriero en la cabeza que lo derribó al suelo dejándolo malherido. Luego recogió sus armas y volvió a pasearse como antes.

Los demás arrieros, que vieron lo sucedido, comenzaron a tirarle piedras a don Quijote, hasta que el ventero logró detenerlos diciéndoles que se trataba de un loco. El ventero gritaba y don Quijote gritaba más, llamando a todos traidores.

Finalmente, el ventero se acercó a él y le dijo que ya había velado las armas y que podía ser armado caballero allí, en mitad del campo.

El ventero cogió un libro. Le acompañaban un muchacho con una vela y las dos conocidas doncellas. Mandó ponerse de rodillas a don Quijote, fingió que leía una oración, levantó la mano, le dio un buen golpe en el cuello y después otro con su misma espada, siempre hablando entre

¹⁶ caballeriza – конюшня

¹⁷ velaré las armas – бдение над оружием входило в обычай посвящения в рыцари

¹⁸ ungüento – лекарственная мазь

¹⁹ pila – (зд.) водопойное корыто

²⁰ arriero – погонщик

dientes, como si rezara. Mandó a una de las damas que le colocara la espada a la cintura y, mientras lo hacía, ella le dijo:

–Dios haga a vuestra merced un venturoso²¹ caballero y le conceda muchas victorias.

Don Quijote le preguntó su nombre; ella respondió que se llamaba Tolosa. Entonces, don Quijote quiso que, desde ese momento, se llamase doña Tolosa, como corresponde a una gran dama.

Con la otra moza sucedió lo mismo. Su nombre era Molinera, y don Quijote le rogó que pusiera el *don*, doña Molinera.

Terminadas las ceremonias, don Quijote preparó a Rocinante, abrazó al ventero, que no le pidió ningún dinero por su servicio, y salió de la venta.

²¹ venturoso – счастливый, приносящий счастье

Capítulo IV

La primera hazaña de Don Quijote

Salió don Quijote de la venta al amanecer, tan contento por verse ya armado caballero que la alegría se le veía en la cara. Sin embargo, decidió volver a su casa para coger camisas y dinero y buscar un escudero²². Pensó en un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, para que le ayudara en el oficio de la caballería.

Con este pensamiento guió a Rocinante hacia su aldea, y el caballo comenzó a caminar con tanta gana, que parecía que no ponía los pies en el suelo.

No había caminado mucho, cuando oyó unas voces que salían del bosque. A don Quijote le pareció que alguien se quejaba.

—Doy gracias al cielo —se dijo don Quijote—, pues pronto voy a poder cumplir con lo que debo hacer por mi profesión. Estas voces son, sin duda, de alguien que necesita mi ayuda.

Dirigió a Rocinante hacia el lugar de donde salían las voces. A pocos pasos encontró a un muchacho de unos quince años que gritaba; estaba desnudo de cintura para arriba y atado a un árbol.

Y es que un labrador estaba azotando al chiquillo mientras le decía:

—La lengua callada y los ojos listos.

Y el muchacho respondía:

—No lo haré otra vez, señor; prometo tener más cuidado del rebaño.

Viendo esto don Quijote, dijo muy enfadado:

—Bien podéis pegar a quien no se puede defender. Subid a vuestro caballo y tomad vuestra lanza, así os enseñaré que es de cobardes lo que hacéis.

El labrador, que vio aquella figura moviendo la lanza sobre su cara, creyó que lo iba a matar y con buenas palabras respondió:

—Señor caballero, este muchacho a quien estoy castigando es mi criado, y es tan descuidado que cada día me falta una oveja del rebaño que tiene a su cargo.²³ Y miente cuando dice que no le pago su salario..

—Él que no puede mentir delante de mí —dijo don Quijote—. ¿Cómo podéis decir tal cosa? Desatadlo y pagadle ahora mismo si no queréis que os atraviese con mi lanza.

El labrador bajó la cabeza y desató a su criado. Luego dijo a don Quijote:

—Lo malo, señor caballero, es que no tengo aquí dinero. Que se venga conmigo Andrés, que así se llama el chico, que yo le pagaré todo.

—¿Irme yo con él? —dijo el muchacho—. No, señor; porque cuando esté solo me arrancará la piel.

—No lo hará —dijo don Quijote—, basta con que yo se lo mande para que me tenga respeto y me lo jure por la ley de caballería.

—Mire, vuestra merced —dijo el muchacho—, que mi amo no es caballero ni ha recibido ninguna orden de caballería. Que es Juan Haldudo el rico, vecino de Quintanar²⁴.

—Eso importa poco —respondió don Quijote—, porque puede haber Haldudos caballeros. Cada uno es hijo de sus obras²⁵.

—Es verdad —dijo Andrés—; pero mi amo ¿de qué obras es hijo si me niega el salario ganado con mi sudor?

²² escudero – оруженосец

²³ que tiene a su cargo – за которые он отвечает

²⁴ Quintanar – Кинтанар-де-ла-Орден, деревня в провинции Толедо (автономное сообщество Кастилия – Ла-Манча)

²⁵ cada uno es hijo de sus obras – аналог поговорки «что посеешь, то и пожнешь»: титул рыцаря можно было как унаследовать, так и получить за собственные заслуги

—No lo niego, hermano Andrés —dijo el labrador—, venid conmigo, que yo os juro por todas las órdenes de caballerías que os pagaré.

—Así lo haréis —dijo don Quijote—; si no, os juro yo también que os buscaré para castigaros. Sabed que yo soy el valeroso don Quijote de la Mancha, el que deshace todas las injusticias y las ofensas.

Y dicho esto, se alejó montado sobre Rocinante.

El labrador se volvió hacia su criado y le dijo:

—Venid acá, hijo mío, que os quiero pagar lo que os debo como me ha mandado aquel deshacedor de ofensas.

—Hará bien vuestra merced en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero; si no, volverá y hará lo que dijo.

El labrador cogió del brazo al muchacho y lo volvió a atar al árbol, donde le dio tantos azotes que lo dejó medio muerto.

—Llamad ahora —decía el labrador— al deshacedor de ofensas, veréis que no deshace esta.

Por fin, lo desató y le dio permiso para que fuera a buscar a su juez. El muchacho se fue llorando y el labrador se quedó riendo.

Así deshizo esta injusticia el valeroso don Quijote; el cual, muy contento con lo sucedido, y satisfecho con el inicio de su nueva vida caballeresca, iba diciendo:

—¡Oh, dichosa tú, Dulcinea del Toboso!, por tener a tu servicio a tan valiente y famoso caballero como es don Quijote de la Mancha.

Iba andando tranquilamente cuando descubrió un numeroso grupo de gente. Eran unos mercaderes²⁶ toledanos que iban a comprar seda a Murcia. En cuanto los vio, don Quijote se imaginó que aquello era otra aventura y quiso imitar todo lo que había leído en sus libros.

Pensando que eran caballeros andantes, se puso bien derecho sobre el rocín, sujetó el escudo, y con lanza en la mano se colocó en medio del camino. Cuando los mercaderes estuvieron cerca de él, don Quijote levantó la voz y con un tono autoritario dijo:

—Todo el mundo se detenga y nadie pase de aquí si no afirma que no hay en el mundo doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par²⁷ Dulcinea del Toboso.

Al ver y oír a aquella extraña figura, los mercaderes se pararon, y uno de ellos dijo:

—Señor caballero, nosotros no conocemos a esa buena señora. Mostrádnosla, pues si es de tanta hermosura como decís, de buena gana afirmaremos la verdad que nos pedís.

—Si os la mostrara —contestó don Quijote—, ¿qué mérito tendríais vosotros en afirmar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo tenéis que creer, afirmar y defender; si no, conmigo habéis de pelear.

—Señor caballero —respondió un mercader—, ruego a vuestra merced que para no equivocarnos afirmando una cosa jamás vista ni oída por nosotros, nos muestre algún retrato de esa señora. Que aunque en su retrato aparezca tuerta²⁸, por complacer a vuestra merced diremos en su favor todo lo que quiera.

—No es tuerta, canalla —respondió don Quijote lleno de ira—; no es tuerta ni encorvada²⁹, sino bien derecha. Pero ¡vosotros pagaréis esta mentira que dicho contra una belleza como la de mi señora!

Terminó de decir esto y atacó con la lanza al mercader con tanta furia que si Rocinante no tropieza y cae, lo hubiera pasado mal el atrevido comerciante.

²⁶ mercaderes – купцы

²⁷ sin par – несравненная

²⁸ tuerta – косоглазая, кривая на один глаз

²⁹ encorvada – согбленная

Cayó Rocinante y su amo fue rodando un gran trecho³⁰ por el campo. Mientras intentaba levantarse decía:

–No huyáis, gente cobarde, que estoy aquí tendido por culpa de mi caballo.

Uno de los mozos de mulas, cansado de oír tantos insultos, se acercó a él, rompió la lanza en pedazos y le dio tal paliza que ya no le fue posible levantarse de lo dolorido que tenía todo el cuerpo.

³⁰ trecho – расстояние, отрезок земли

Capítulo V

Don Quijote regresa a su aldea

En esta situación se encontraba cuando pasó por allí un labrador de su mismo pueblo y vecino suyo, que viéndolo tirado en el suelo paró a ayudarlo. El labrador le descubrió la cara, se la limpió, que la tenía cubierta de polvo, y al reconocerlo le dijo:

—Señor Quijana —que así se debía de llamar él antes de perder el juicio³¹ y hacerse caballero andante—, ¿quién ha puesto a vuestra merced de este modo?

Pero él seguía en sus pensamientos y no contestó nada. El labrador lo levantó del suelo y lo subió sobre su asno. Recogió las armas, las puso sobre Rocinante y se dirigió hacia su pueblo. En el camino, don Quijote llamaba al labrador Rodrigo de Narváez o Marqués de Mantua, confundiéndolo con estos personajes de los libros que había leído, y él mismo decía ser unas veces Valdovinos, y otras, Abindarráez.

Al oír estas locuras, dijo el labrador:

—Mire, señor, que yo no soy don Rodrigo de Narváez ni el Marqués de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino; ni vuestra merced es Valdovinos ni Abindarráez, sino el honrado señor Quijana.

—Yo sé quién soy —respondió don Quijote— y sé que puedo ser no solo los que he dicho sino los doce Pares de Francia³², pues todas sus hazañas las puedo yo superar.

Llegaron al pueblo cuando ya anochecía y entraron en la casa de don Quijote, donde se encontraban el cura, Pero Pérez, y el barbero, maese³³ Nicolás, que eran buenos amigos de don Quijote.

Los dos, junto con la sobrina y el ama, discutían sobre la ausencia de su amo y sus malas lecturas, que le habían hecho perder el juicio.

—Hace tres días que no aparecen ni él, ni el rocín, ni la lanza, ni las armas —decía el ama—. La verdad es que la culpa es de esos libros de caballerías que él tiene y suele leer. Ellos le han quitado el juicio. Ahora recuerdo haberle oído decir muchas veces que quería hacerse caballero andante e irse a buscar aventuras por esos mundos.

La sobrina decía lo mismo:

—Sepa, señor barbero, que muchas veces mi tío leía esos libros durante días enteros, y cuando dejaba el libro, cogía la espada, se ponía a pelear con las paredes y decía que había matado a cuatro gigantes o más. Pero yo tengo la culpa de todo, porque no avisé a vuestras mercedes de los disparates de mi tío, para que le quitaran y quemaran todos esos libros.

—Esto digo yo también —dijo el cura—, y mañana mismo los echaremos al fuego, para que no den la oportunidad a otro de caer en la locura de nuestro buen amigo.

Todo esto estaban oyendo el labrador y don Quijote. El labrador comprendió así la enfermedad de su vecino y comenzó a decir a voces:

—Abran vuestras mercedes al señor Valdovinos y al señor Marqués de Mantua, que viene malherido, y al señor Abindarráez, a quien trae preso el valeroso Rodrigo de Narváez.

A oír las voces salieron todos y se fueron a abrazar a don Quijote, pero él dijo:

—Deteneos, que vengo malherido por culpa mi caballo. Llevadme a mi cuarto y llamad, si posible, a la sabia Urganda³⁴ que cure mis heridas.

³¹ perder el juicio – потерять рассудок

³² Pares de Francia – Пэры Франции, группа крупнейших феодалов, состоящая из двенадцати прямых вассалов короля Франции

³³ maese – (устар.) учитель

³⁴ sabia Urganda – известная героиня рыцарских романов, владевшая магией исцеления

—Suba, vuestra merced —dijo el ama—, que, aunque no esté esa señora, aquí le sabremos curar.

Lo llevaron a la cama y él pidió que le dieran de comer y le dejaran dormir, que era lo que más le importaba.

Capítulo VI

El cura y el barbero queman los libros de don Quijote

Al día siguiente, don Quijote todavía dormía cuando llegaron el cura y el barbero. Pidieron a la sobrina las llaves de la habitación donde estaban los libros, y ella se las dio de muy buena gana. Entraron todos en la habitación, y el ama con ellos. Encontraron más de cien libros grandes y otros pequeños.

En cuanto el ama los vio, tuvo miedo de que en la habitación hubiera algún encantador³⁵ de los muchos que había en esos libros y les hiciera daño también a ellos.

El cura se rió de la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le diera aquellos libros uno por uno, para ver de qué trataban, pues podía ser que algunos de ellos no merecieran terminar en el fuego.

—No —dijo la sobrina—, no hay por qué salvar ninguno, porque todos han sido los causantes de la locura de mi tío. Mejor será tirarlos por la ventana al corral del patio y luego quemarlos.

Lo mismo dijo el ama, pero el cura quiso, por lo menos, leer antes los títulos. Y el primero que el barbero le dio en las manos fue *Amadís de Gaula*, y dijo el cura:

—Según he oído, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España. Y así, me parece que, por ser el principio y origen de todos los demás libros, lo debemos echar al fuego sin excusa alguna.

—No, señor —dijo el barbero—, que también he oído decir que es el mejor de todos los libros de caballerías, y por eso se debe salvar.

—Es verdad —dijo el cura—. Veamos ese otro que está junto a él.

—Es las *Sergas de Esplandián*, hijo legítimo de Amadís de Gaula —dijo el barbero.

—Pues —dijo el cura— no le ha de valer al hijo la bondad del padre. Tome, señora ama, abra esa ventana y échelo al corral para quemarlo.

Y sin querer cansarse más en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomara todos los libros grandes y los tirara al corral. Ella, que tenía muchas ganas de quemarlos, tomando ocho de una vez los arrojaba por la ventana. Al coger muchos juntos, se le cayó uno a los pies del barbero y este lo recogió para ver de quién era. Leyó el título: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*.

¡Válgame Dios! —exclamó el cura—. *Tirante el Blanco* es, por su estilo, el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros y duermen y mueren en sus camas, como lo hacemos todos. Lléveselo a su casa y lea las aventuras del valeroso caballero de Montalbán y los amores y mentiras de la viuda Reposada; verá que es muy divertido y que es verdad lo que os he dicho.

—Así será —respondió el barbero—, pero ¿qué haremos de estos pequeños libros que quedan?

—Estos —dijo el cura— no deben de ser de caballerías sino de poesía, y no merecen ser quemados como los demás, porque no hacen ni harán el daño que han hecho los de caballerías.

—¡Ay, señor! —dijo la sobrina—. Bien los puede vuestra merced mandar quemar como los demás, porque sería peor que al leerlos mi tío quisiera hacerse poeta, que es enfermedad incurable.

—Esta doncella dice la verdad —dijo el cura—, y será bueno quitarle a nuestro amigo la ocasión de enfermar otra vez. Pero ¿qué libro es ese?

—*La Galatea*³⁶, de Miguel de Cervantes —dijo el barbero.

—Hace muchos años que es gran amigo mío ese Cervantes —dijo el cura—. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo pero no llega a ninguna conclusión: es necesario esperar la segunda parte que promete. Entretanto, guárdelo usted en su casa.

³⁵ encantador – чародей

³⁶ La Galatea – первое крупное произведение Сервантеса; вторая часть так и не была опубликована

—Con gusto lo haré —respondió el barbero—. Y aquí vienen tres, todos juntos: *La Araucana*, *La Austriada* y *El Monserrato*.

—Todos ellos —dijo el cura— son los mejores libros de aventuras en verso escritos en lengua castellana, y pueden competir con los más famosos de Italia. Hay que guardarlos.

Capítulo VII

La segunda salida de don Quijote

Mientras el cura y el barbero discutían sobre los títulos de los libros de caballería que debían ser quemados, oyeron a don Quijote decir a grandes voces:

—Aquí, aquí, valerosos caballeros; aquí debéis mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos.

El cura y el barbero fueron a ver qué le pasaba. Cuando llegaron, don Quijote ya estaba levantado de la cama y continuaba con sus voces, dando cuchilladas³⁷ a todas partes como si peleara con alguien. Lo agarraron y se lo llevaron de nuevo a la cama. Le dieron de comer y se quedó otra vez dormido.

El cura y el barbero pensaron en tapiar el cuarto donde estaban los libros de caballerías para que su amigo no los volviera a ver. Le dirían que un encantador se los había llevado. Y así se hizo.

Dos días después se levantó don Quijote, y lo primero que hizo fue ir a ver sus libros. Como no hallaba el cuarto, preguntó al ama por él, y ella, que ya sabía lo que tenía que responder, le dijo:

—¿Qué cuarto busca vuestra merced? Ya no hay cuarto ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo.

—No era diablo —dijo la sobrina—, sino un encantador que vino una noche sobre una nube, entró en el cuarto y no sé lo que hizo dentro, que al poco tiempo salió volando por el tejado y dejó la casa llena de humo. Cuando se fue, vimos que no había ya ni cuarto ni libros. Y mientras el encantador se iba volando, decía en voz alta que había hecho aquel daño por enemistad secreta con el dueño de aquellos libros y que se llamaba el sabio Muñatón.

—Frestón diría —dijo don Quijote.

—No sé —respondió el ama— si se llamaba Frestón o Fritón³⁸, solamente sé que su nombre acababa en *tón*.

—Así es —dijo don Quijote—, ese es un sabio encantador, gran enemigo mío, pues sabe que más adelante tendré que pelear con un caballero a quien él protege y le venceré sin que él lo pueda impedir. Por eso intenta hacerme todo el daño que puede.

—¿Y no será mejor quedarse tranquilo en su casa y no irse por el mundo a buscar aventuras? —dijo la sobrina—. Mire usted que no siempre se consigue lo que se quiere.

No quisieron las dos insistir más, porque vieron que su enfado iba en aumento.

Y así estuvo don Quijote quince días en casa muy tranquilo, sin dar muestras de querer seguir sus primeras locuras.

En ese tiempo fue a ver don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre honrado aunque pobre, pero de muy poca sal en la mollera³⁹. Tanto le dijo y tanto le prometió, que el hombre decidió irse con él y servirle de escudero. Don Quijote le decía que podía ganar alguna ínsula⁴⁰ y dejarlo a él como gobernador. Con estas promesas, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó a su mujer e hijos y se convirtió en escudero de su vecino.

Don Quijote ordenó a Sancho que llevara algún dinero y, sobre todo, que no olvidara las alforjas⁴¹. Dijo Sancho que las llevaría y que pensaba llevar también un asno muy bueno que tenía, porque no estaba acostumbrado a andar a pie. Cuando todo estuvo preparado, sin despedirse Sancho de sus hijos y mujer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche salieron del lugar sin que nadie los viera.

³⁷ cuchilladas – удары ножом, кинжалом

³⁸ Frestón o Fritón – мудрец Фристон, персонаж рыцарского романа

³⁹ de muy poca sal en la mollera – глуповатый, недалёкого ума

⁴⁰ ínsula – кусочек земли, (устар.) остров

⁴¹ alforja – дорожная сума

Iba Sancho Panza sobre su asno, con sus alforjas y su bota de vino⁴², con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula prometida. Así se lo dijo a su amo:

—Mire, señor caballero andante, que no se le olvide lo de la ínsula, que yo la sabré gobernar aunque sea muy grande.

A esto respondió don Quijote:

—Has de saber, amigo Sancho Panza, que fue costumbre de los caballeros andantes hacer gobernadores a sus escuderos de las ínsulas o reinos que iban ganando, y yo pienso seguir esta costumbre. Y bien podría ser que antes de seis días ganase yo un reino y fueses coronado rey de él.

—De esa manera —respondió Sancho Panza—, si yo fuera rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, Juana Gutiérrez, mi mujer, sería reina, y mis hijos, infantes.

—Pues ¿quién lo duda? —contestó don Quijote.

—Yo lo dudo —dijo Sancho—, porque no vale mi mujer para reina; condesa será mejor.

—Pídelo tú a Dios —dijo don Quijote—, que él le dará lo que le venga mejor.

⁴² bota de vino – бурдюк, мех для вина

Capítulo VIII

La aventura de los molinos de viento

Iban caminando cuando descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y cuando don Quijote los vio, dijo a su escudero:

—La suerte va guiando nuestras cosas mejor de lo que pensábamos; porque mira allí, amigo Sancho Panza, donde se ven treinta, o pocos más, inmensos gigantes. Pienso pelear con ellos y quitarles a todos las vidas, y con el botín⁴³ que ganemos comenzaremos a enriquecernos.

—¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves —respondió su amo— de los brazos largos, que miden algunos casi dos leguas⁴⁴.

—Mire, vuestra merced —respondió Sancho—, que aquellos no son gigantes sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas⁴⁵, que se mueven por el viento.

—Bien parece —respondió don Quijote— que no estás enterado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí y reza mientras voy yo a entrar en fiera y desigual batalla.

Y diciendo esto, se lanzó con su caballo Rocinante diciendo:

—No huyáis, cobardes, que un solo caballero os ataca.

Entonces se levantó un poco de viento y las grandes aspas comenzaron a moverse. Al verlo dijo don Quijote:

—Aunque mováis todos los brazos del mundo me lo vais a pagar⁴⁶.

Luego, con la lanza en la mano, puso a todo galope a Rocinante y atacó el primer molino que estaba delante. Dio un gran golpe con la lanza en el aspa, pero el viento hizo girar el aspa con tanta fuerza que rompió la lanza, arrojando lejos al caballo y al caballero, que fue rodando malherido por el campo. Acudió Sancho a socorrerlo y vio que no se podía mover; tal fue el golpe que había recibido.

—¡Válgame Dios! —dijo Sancho—. ¿No le dije yo a vuestra merced que tuviera cuidado con lo que hacía, que eran molinos de viento?

—Calla, amigo Sancho —respondió don Quijote—, que las cosas de la guerra cambian continuamente. Más aún, yo pienso que aquel sabio Frestón que me robó los libros ha convertido estos gigantes en molinos, para quitarme la fama de su derrota. Pero poco podrá su maldad contra la bondad de mi espada.

—Dios quiera que así sea —respondió Sancho Panza.

Le ayudó Sancho a levantarse y a subir sobre Rocinante y siguieron camino.

Después de caminar un buen trecho, Sancho dijo que era hora de comer. Su amo le respondió que comiera lo que quisiera, que él no tenía necesidad. Con su permiso, Sancho se puso cómodo en su asno e iba caminando y comiendo detrás de su amo y, de cuando en cuando, empinaba⁴⁷ la bota con mucho gusto.

La noche la pasaron entre unos árboles; don Quijote pensando en su señora Dulcinea, para hacer lo que había leído en sus libros, y Sancho Panza durmiendo sin parar.

⁴³ botín – (зд.) военные трофеи

⁴⁴ legua – лига, старинная мера длины (около 5,5 км)

⁴⁵ aspa – крестовина, крыло ветряной мельницы

⁴⁶ me lo vais a pagar – вам это даром не пройдёт

⁴⁷ empinaba la bota – наклонял, прикладывался к бурдюку

Capítulo IX

La aventura de los frailes y el vizcaíno

Muy de mañana, continuaron viaje hacia Puerto Lápice⁴⁸. A mitad de trayecto, aparecieron por el camino dos frailes de la orden de San Benito sobre los mulas y, un poco más atrás, un coche llevado por caballos, donde viajaba una señora vizcaína⁴⁹ que iba a Sevilla. Apenas los vio don Quijote, dijo a su escudero:

—O yo me engaño, o esta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto; porque aquellos bultos negros deben de ser algunos encantadores que llevan prisionera a alguna princesa.

—Esto va a ser peor que los molinos de viento —dijo Sancho—. Mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito y el coche debe de ser de pasajeros.

—Sabes poco, Sancho, de aventuras —respondió Don Quijote—, lo que yo digo es verdad y ahora lo verás.

Don Quijote se puso en medio del camino y avanzó veloz con el caballo en dirección a los frailes. Uno de ellos cayó de la mula y el otro salió huyendo de miedo. Sancho, al ver al fraile en el suelo, comenzó a quitarle los vestidos, pensando que le pertenecían como parte del botín de la batalla que había ganado su amo.

Pero unos mozos que acompañaban a los frailes aprovecharon que don Quijote estaba hablando ya con la señora del coche, para darle tantos golpes a Sancho que lo dejaron tendido en el suelo sin sentido.

Mientras, don Quijote le decía a la dama:

—Hermosa señora mía, sus raptos ya han sido derrotados por este fuerte brazo. Sabed que me llamo don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y servidor de la hermosa doña Dulcinea del Toboso; y en pago del favor que os he hecho, quiero que vayáis al Toboso y os presentéis ante esa señora y le digáis lo que he hecho por vuestra libertad.

Un escudero vizcaíno, que oyó lo que decía don Quijote, se acercó a él y cogiéndole por el brazo le dijo:

—Vete, caballero, que si no dejas que el coche siga su camino, te mataré.

Don Quijote cogió la espada con el pensamiento de quitarle la vida. El vizcaíno, al ver la intención de don Quijote, decidió hacer lo mismo. La señora del coche y los demás criados estaban asustados ante las furiosas amenazas de los dos contendientes⁵⁰, que ya se aproximaban con sus espadas en alto. El primero en atacar fue el vizcaíno, que le cortó media oreja a don Quijote y le dio un buen golpe en el hombro que le hizo rodar por el suelo. Este se levantó lleno de cólera, se subió de nuevo al caballo y golpeó al vizcaíno con tal furia que comenzó a echar sangre por todo su cuerpo y cayó al suelo malherido. Don Quijote fue hacia él y, poniéndole la espada entre los ojos, le dijo que se rindiera.

En esto, la señora del coche se acercó a don Quijote y le pidió que perdonara la vida a su escudero. Don Quijote respondió en tono serio:

—Yo estoy contento, hermosa señora, de hacer lo que me pedís. Pero este caballero me ha de prometer ir al Toboso y presentarse de mi parte ante la sin par doña Dulcinea, para que ella haga de él lo que quiera.

La señora prometió que el escudero haría todo aquello que le mandaran.

—Esa palabra me basta —dijo don Quijote— para que yo no le haga más daño, aunque lo tiene bien merecido.

⁴⁸ Puerto Lápice – Пуэрто-Лаписе, город в провинции Сьюдад-Реаль (автономное сообщество Кастилия – Ла-Манча)

⁴⁹ vizcaína – бискайская, родом из провинции Бискайя (автономное сообщество Страна Басков)

⁵⁰ contendientes – противники в поединке, дуэлянты

Capítulo X

Los razonamientos entre don Quijote y su escudero

Sancho Panza había estado atento a la batalla de su señor don Quijote y rogaba a Dios que le diera la victoria y que en ella ganar alguna ínsula la que le hiciera gobernador, como le había prometido. Sancho ayudó a su amo a subir sobre Rocinante y, besándole la mano, le dijo:

—Ya puede vuestra merced darme el gobierno de la ínsula que en esta batalla se ha ganado, que yo me siento con fuerzas para gobernarla como el mejor gobernador.

Don Quijote le respondió:

—Sancho, estas aventuras no son de ínsulas sino de encrucijadas⁵¹, en las cuales sólo se gana sacar rota la cabeza o quedar con una oreja menos. Tened paciencia, porque no faltarán aventuras para que te pueda hacer gobernador o algo más.

Don Quijote sobre Rocinante y Sancho en su asno entraron en un bosque.

Entonces preguntó don Quijote a Sancho:

—¿Has visto más valeroso caballero que yo en toda la tierra? ¿Has leído en alguna historia que otro caballero haya tenido más valor?

—La verdad es —dijo Sancho— que yo no he leído ninguna historia, porque no sé leer ni escribir. Pero digo que jamás he servido a un amo tan atrevido como vuestra merced. Y ahora le ruego que se cure la oreja, que veo que está echando sangre.

—Eso no sería difícil —respondió don Quijote— si yo recordara cómo se hace el bálsamo de Fierabrás⁵², que con una sola gota bastaría para curarla.

—¿Qué bálsamo es ese? —preguntó Sancho Panza.

—Con ese bálsamo —respondió don Quijote— no hay que temerle a la muerte, ni a morir de ninguna herida. Así que cuando lo haga y te lo dé, si un día me parten en dos en alguna batalla, juntas las dos partes de mi cuerpo y me das dos tragos del bálsamo; quedaré más sano que una manzana.

—Si eso es así —dijo Sancho—, renuncio al gobierno de la prometida ínsula; lo único que quiero es la receta de ese bálsamo, pues con lo que valdrá podré ganar mucho dinero al venderlo y vivir descansadamente. Pero hay que saber cuánto costaría hacerlo.

—Con poco dinero se puede hacer una gran cantidad. Pero pienso enseñarte otros y mayores secretos. Y ahora ve a las alforjas y trae algo de comer, porque luego vamos a buscar algún castillo donde alojarnos esta noche, que me está doliendo mucho la oreja y necesito preparar el bálsamo.

—Aquí traigo una cebolla y un poco de queso, y no sé cuántos mendrugos⁵³ —dijo Sancho—; pero no son lanjares para tan valiente caballero como vuestra merced.

—¡Qué mal lo entiendes! —respondió don Quijote—. Has de saber que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, pero, cuando no hay otra cosa, es bueno comer cosas sencillas del campo como las que tú me ofreces.

Sacó Sancho lo que traía y comieron los dos en paz. Subieron luego a caballo y poco después, como ya anoecía, se detuvieron junto a las cabañas de unos cabreros para pasar la noche.

⁵¹ encrucijada – перекрёсток, распутье

⁵² bálsamo de Fierabrás – чудодейственное лекарство великана Фьерабраса, героя средневековой французской поэмы

⁵³ mendrugos – куски чёрствого хлеба

Capítulo XI

Don Quijote y los cabreros

Los cabreros los recibieron con amabilidad. Sancho se ocupó de Rocinante y de su asno y después se acercó a un caldero⁵⁴ donde los cabreros estaban guisando unos trozos de carne de cabra. Pusieron en el suelo unas pieles de oveja, para que les sirvieran de mesa, y se sentaron alrededor. A don Quijote lo sentaron sobre un almohadón, después de rogarle con mucha cortesía que lo hiciera.

Viendo don Quijote que Sancho estaba de pie, le dijo:

—Para que veas, Sancho, el bien que encierra la andante caballería, quiero que aquí a mi lado te sientes en compañía de esta buena gente, que soy tu amo y señor; que comas en mi plato y bebas por donde yo bebo, porque la caballería andante es como el amor, que iguala todas las cosas.

—¡Menudo favor! —dijo Sancho—, pues si tengo algo que comer, prefiero hacerlo en mi rincón sin finos modales ni respetos, aunque sea pan y cebolla.

—A pesar de todo, te has de sentar, Sancho.

Los cabreros, que no entendían de escuderos y de caballeros andantes, comían y callaban, sin dejar de mirar a sus invitados, que tragaban con gana buenos trozos de cabra.

Una vez acabada la carne, pusieron en el centro gran cantidad de bellotas y medio queso para acompañar el vino que aún quedaba.

Después de comer, don Quijote cogió un puñado⁵⁵ de bellotas y dijo:

—Dichosos aquellos siglos dorados, llamados así no porque hubiera mucho oro, sino porque los que vivían en aquel tiempo ignoraban las palabras *tuyo* y *mío*. Entonces todas las cosas eran comunes: para comer bastaba con levantar la mano y coger el fruto de las robustas encinas. Las fuentes y los ríos ofrecían frescas y transparentes aguas. En los huecos de los árboles, las abejas regalaban la dulce miel que solo ellas trabajaban. Todo era paz y amistad entonces. Las hermosas muchachas andaban sólo con lo necesario para cubrir lo que la honestidad ha querido siempre que se cubra. El engaño no se mezclaba con la verdad. Y ahora, en estos tiempos que vivimos, nada está seguro. Por ello se creó la orden de los caballeros andantes; para defender a las doncellas, proteger a las viudas y socorrer a los huérfanos y los necesitados. De esta orden soy yo, hermanos cabreros, a quienes agradezco el habernos acogido tan amablemente a mi y a mi escudero.

Los cabreros le estuvieron escuchando embobados⁵⁶ y sin decir palabra. Finalmente, dijo uno de los cabreros:

—Para que vea, señor caballero andante, que le acogemos buena voluntad, queremos contentarle con una canción que sabe un compañero nuestro y que no tardará en venir.

Apenas había terminado de hablar, cuando llegó a los oídos de todos la música de un rabel⁵⁷, y al poco rato apareció el mozo que lo tocaba.

Uno de los cabreros le dijo:

—Bien podrías cantar un poco para que este señor vea que también por los montes y bosques hay quien sabe de música.

El mozo, sin hacerse más de rogar⁵⁸, se sentó en un tronco de encina y comenzó a cantar una canción de amores. Quiso don Quijote que cantara algo más, pero Sancho le dijo que esos hombres estaban ya cansados del duro trabajo que habían hecho.

⁵⁴ caldero – чан, котёл

⁵⁵ puñado – пригоршня

⁵⁶ embobados – изумлённые, восхищённые

⁵⁷ rabel – рабел, старинный пастушеский смычковый инструмент

⁵⁸ sin hacerse más de rogar – не заставляя себя долго упрашивать

—Ya te entiendo, Sancho —dijo don Quijote—. Es hora de descansar. Ponte cómodo donde quieras, que los de mi profesión mejor están despiertos que durmiendo. Pero antes quisiera que me vuelvas a curar esta oreja, que me duele bastante.

Uno de los cabreros dijo que él tenía un excelente remedio para curarla: tomó algunas hojas de romero⁵⁹, las machacó y las mezcló con un poco de sal y se lo puso en la oreja, diciéndole que no necesitaba otra medicina, y así fue.

⁵⁹ ромеро – розмарин

Capítulo XII

La aventura de los yangüeses

60

Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli que cuando don Quijote se despidió de los cabreros, él y su escudero entraron en un bosque cabalgando y fueron a parar a un prado de frescas hierbas por donde corría un arroyo de aguas claras. Se apearon don Quijote y Sancho y dejaron al asno y a Rocinante pacer a sus anchas por el prado, mientras ellos comían en buena compañía de lo que llevaban en las alforjas.

Había en el prado una manada de yeguas de unos yangüeses que habían parado a descansar. En cuanto Rocinante vio las yeguas, corrió hacia ellas muy contento para saciar su natural instinto, pero lo recibieron a coces. Y viendo los yangüeses la insistencia de Rocinante, acudieron con palos y le dieron golpes hasta derribarlo al suelo.

Don Quijote, que vio la paliza dada a Rocinante, dijo a Sancho:

—Por lo que veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sino gente sin educación. Te lo digo para que me ayudes a vengar el daño que hecho a Rocinante.

—¿Qué dice, mi señor —respondió Sancho—, si ellos son más de veinte y nosotros sólo dos?

—Yo valgo por ciento —contestó don Quijote.

Y sin decir más, cogió su espada y atacó a los yangüeses. Lo mismo hizo Sancho Panza, siguiendo el ejemplo de su amo. Don Quijote dio una cuchillada a uno y le rompió el vestido y parte de la espalda.

Los demás yangüeses acudieron con sus palos y comenzaron a dar golpes al amo y al criado hasta hacerlos rodar por el suelo. Los yangüeses, cuando vieron lo que habían hecho, cogieron sus yeguas y echaron a correr camino adelante.

El primero en hablar fue Sancho, que dijo a su amo:

—¡Ay, señor don Quijote! Pido a vuestra merced que me dé un par de tragos de aquella bebida de Fierabrás, si es que la tiene a mano.

—Si la tuviera —respondió don Quijote, con todo cuerpo dolorido—, te la daría. Pero te juro que la he de conseguir antes de dos días. Te digo, además, que yo tengo la culpa de todo por usar mi espada contra hombres que no son caballeros como yo. No se pueden desobedecer las leyes de caballería.

—Pues yo soy hombre pacífico —dijo Sancho— y sé disimular cualquier ofensa, porque tengo mujer e hijos que cuidar. Así que no pienso luchar con ningún hombre, alto o bajo, rico o pobre, hidalgo o labrador.

—Has de saber, amigo Sancho —dijo don Quijote—, que la vida de los caballeros andantes es mil veces peligrosa y desgraciada, como lo demuestra la experiencia. Así que haz un esfuerzo, que lo mismo haré yo. Veamos cómo está Rocinante, que también ha recibido sus golpes.

—Lo raro es que mi asno se haya librado, estando nosotros con las costillas⁶¹ rotas —dijo Sancho.

—Siempre la ventura deja una puerta abierta en las desgracias para remediarlas —dijo don Quijote—. Lo digo porque este asno podrá llevarme ahora a algún castillo donde pueda curar mis heridas. Y no lo tendré como deshonor, que las heridas que se reciben en las batallas antes dan honra que la quitan; así que, Panza amigo, levántate lo mejor que puedas y ponme encima de tu asno, que nos vamos de aquí antes de que la noche nos sorprenda en este descampado⁶².

⁶⁰ yangüeses – янгуанцы, родом из деревни Янгуас-де-Эресма (провинция Сеговия)

⁶¹ costillas – рёбра, бока

⁶² descampado – открытая местность, чистое поле

—Pues yo he oído decir a vuestra merced —dijo Sancho— que es de caballeros andantes dormir en los desiertos, y que lo consideran una suerte.

—Eso es —dijo don Quijote— cuando no pueden más o cuando están enamorados. Es verdad que ha habido caballeros que han estado sobre una piedra, al sol y a la sombra, soportando la lluvia o la nieve durante mucho tiempo, hasta dos años sin que lo supiera su señora. Pero dejemos esto y acaba de preparar el asno antes de que suceda otra desgracia, como a Rocinante.

Finalmente, Sancho colocó a don Quijote atravesado sobre su asno y se pusieron otra vez en marcha. Al poco rato descubrieron lo que para Sancho era una venta y para don Quijote, un castillo. El escudero no quiso discutir si era venta o castillo y entró en la que él creía venta.

Capítulo XIII

Lo que sucedió en la venta

El ventero, al ver a don Quijote atravesado en el asno, preguntó a Sancho qué le pasaba. Respondió Sancho que su amo se había caído desde una roca y se había golpeado las costillas. Tenía el ventero una mujer y una hija de muy buen ver⁶³.

Había en la venta una moza asturiana, ancha de cara, de nariz chata, tuerta de un ojo y no muy sana del otro. Pero tenía un cuerpo que hacía olvidar las demás faltas. Entre la hija del ventero y Maritornes, que así se llamaba la asturiana, arreglaron una cama a don Quijote, poniendo un colchón, duro como una piedra, sobre unas tablas y dos sábanas hechas de tela de saco.

En misma habitación, tenía su cama un arriero que había llegado a pasar la noche.

En esta pobre cama se acostó don Quijote, entre la ventera y su hija lo curaron. La ventera, al ver los cardenales⁶⁴, dijo que aquello parecían golpes y no caída.

—No fueron golpes —dijo Sancho—, sino que la roca tenía muchos picos y cada uno le hizo un cardenal.

—¿Cómo se llama este caballero? —preguntó Maritornes.

—Don Quijote de la Mancha —respondió Sancho—, y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que se hayan visto en el mundo.

—¿Qué es caballero aventurero? —preguntó la moza.

—¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabéis? —respondió Sancho—. Sabed, hermana mía, que un caballero aventurero tan pronto es apaleado⁶⁵ como es emperador; hoy es la criatura más desgraciada del mundo y mañana tiene dos o tres coronas de reinos para dar a su escudero.

Don Quijote, que estaba oyendo esta conversación, dijo a la ventera:

—Creedme, hermosa ventera, que os podéis considerar afortunada por haber alojado en vuestro castillo a mi persona. Mi escudero os dirá quién soy. Solo os digo que recordaré siempre el servicio que me habéis hecho.

Ninguna de las tres mujeres entendía nada de lo que decía el andante caballero. Le agradecieron sus palabras y dejaron que Maritornes curara a Sancho, que lo necesitaba tanto como su amo.

El arriero y Maritornes habían planeado juntarse en la cama, cuando la venta estuviera en calma.

El lecho⁶⁶ de don Quijote estaba en medio de la habitación y junto a él se acostó Sancho. A continuación estaba la cama del arriero, un poco más cómoda porque era un hombre rico. Ni don Quijote ni Sancho dormían, porque no los dejaba el dolor de las costillas; tampoco dormía el arriero, que esperaba a su Maritornes.

Don Quijote empezó a recordar sus lecturas caballerescas. Se imaginó que estaba en un famoso castillo y que la hija del señor del castillo se enamoraba de él locamente y que aquella noche se proponía dormir con él, poniendo a prueba su fidelidad a Dulcinea del Toboso.

Llegó la hora en que el arriero y Maritornes acordaron⁶⁷ verse; entonces, esta entró en la habitación donde los tres dormían.

Cuando la sintió don Quijote, porque la habitación estaba a oscuras y no la podía ver, estiró los brazos para recibir a su hermosa doncella. La cogió por una mano y la sentó en su cama. Tocó

⁶³ de muy buena ver – хорошенькая

⁶⁴ cardenales – (зд.) кровоподтёки

⁶⁵ apaleado – избит палками

⁶⁶ lecho – (зд.) кровать, ложе

⁶⁷ acordaron – договорились

la camisa que, aunque era de tela áspera, a él le pareció de fina seda. Acarició los cabellos, que eran tiesos como pelos de caballo, pero él creyó que eran hilos de oro. La pintó en su imaginación como había leído de otras princesas. Mientras la cogía en sus brazos, empezó a decir:

—Quisiera, hermosa señora, pagarle el favor que me hace, pero estos dolores no me permiten satisfacer vuestros deseos. Y a esto se añade que la única señora de mis pensamientos es la singular Dulcinea del Toboso, que si no fuera por esta promesa no dejaría yo pasar esta ocasión que vuestra bondad me ofrece.

El arriero, que escuchaba atentamente las palabras de don Quijote, empezó a sentir celos y se acercó a tientas⁶⁸ a la cama donde estaban los dos y se dio cuenta de que la moza quería separarse y don Quijote no la dejaba. Enfurecido, levantó el brazo y dio tal golpe al enamorado caballero, que le llenó la boca de sangre; se subió luego encima y empezó a darle patadas en las costillas.

La cama se vino al suelo y el golpe despertó al ventero, que corrió a ver qué pasaba. Maritornes que conocía el mal genio de su amo, se escondió en la cama de Sancho. Este se despertó y, asustado, empezó a golpear con los puños a diestro y siniestro. Alcanzó a Maritornes varias veces; ella respondió de la misma manera y comenzó entre los dos la más graciosa pelea del mundo. El arriero, que vio cómo estaba su dama, dejó a don Quijote y acudió a socorrerla. Lo mismo hizo el ventero, pero para castigar a la moza.

De este modo, el arriero daba a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza, y todos se daban golpes sin parar.

Habia también hospedado en la venta un oficial de la justicia, que oyó el ruido. Entró en la habitación diciendo:

—¡Alto en nombre de la justicia! ¡Deténganse todos!

Como la habitación estaba a oscuras, el oficial, a tientas, fue a dar con las barbas de don Quijote, que no se movió. El cuadrillero pensó que estaba muerto y que los allí presentes lo habían matado.

—¡Cierren la puerta de la venta! —dijo—. ¡Que no se vaya nadie, que han matado a un hombre!

Todos desaparecieron del lugar, menos don Quijote y Sancho, que no se pudieron mover de donde estaban.

⁶⁸ a tientas – вслепую

Capítulo XIV

La burla que hacen a Sancho en la venta

Cuando don Quijote se recuperó, comenzó a llamar a su escudero, diciendo:

—Sancho, amigo, ¿duermes? ¿Duermes, amigo Sancho?

—¿Cómo voy a dormir —respondió Sancho de mal humor— si me parece que han estado conmigo todos los diablos esta noche?

—Puedes creerlo así —respondió don Quijote—; porque, o yo sé poco, o este castillo está encantado. Te diré algo si me guardas el secreto mientras yo viva.

—Así lo haré —dijo Sancho—; callaré, como vuestra merced me pide.

—Resulta —dijo don Quijote— que esta noche vino la hija del señor del castillo, que es la más hermosa doncella que pueda haber en gran parte de la tierra. Todo para poner a prueba la fidelidad que debo a mi señora Dulcinea. Estando, pues, en amorosa conversación con ella, una mano de gigante me dio con el puño en la boca y un montón de golpes que me han dejado destrozado.

—Yo digo lo mismo —respondió Sancho—, porque más de cuatrocientos gigantes me han golpeado a mí. Y vuestra merced aún tuvo en sus manos a aquella hermosura que ha dicho, pero yo sólo golpes y palos.

—No tengas miedo —dijo don Quijote—, que ahora mismo voy a hacer el bálsamo con el que curarnos. Levántate, si puedes, y pide al señor de este castillo que te dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el saludable bálsamo.

Sancho fue en busca del ventero y le pidió lo que su amo le había encargado. Cuando don Quijote tuvo los ingredientes, los mezcló todos y los coció un buen rato. Luego recitó más de ochenta oraciones haciendo una cruz a cada palabra que decía.

Don Quijote quiso comprobar que el bálsamo era bueno y se bebió casi un litro. Apenas lo acabo de beber, comenzó a vomitar, de manera que no le quedó nada en el estómago. Luego le entraron unos grandes sudores y se quedó dormido un gran rato. Cuando despertó, se encontró tan bien que creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás.

Sancho, que vio la mejoría de su amo, quiso probarlo y se bebió unos buenos tragos. Pero su estómago no debía de ser como el de su amo, y nada más tomar el primer trago, sintió que se moría de los vómitos que le entraban.

Don Quijote, que ya estaba deseoso de buscar otras aventuras, preparó a Rocinante. Ayudó a Sancho a subir a su asno y llamó al ventero para decirle:

—Muchos y grandes favores he recibido en vuestro castillo, por lo que os estoy agradecido. Recordad si hay algún agravio que queráis vengar, que yo lo remediaré como vuestra merced me mande.

—Señor caballero, yo no tengo necesidad de que me ayude en ninguna venganza, que eso lo sé hacer yo. Sólo necesito que me pague el gasto que ha hecho en la venta, tanto de la paja y cebada de los animales como de la cena y la cama.

—Entonces, ¿esto es una venta? —dijo Quijote.

—Y muy honrada —respondió el ventero.

—Engañado he vivido hasta aquí —dijo don Quijote— porque yo pensé que era castillo, siendo así, tendréis que perdonarme el pago, porque no puedo ir en contra de las leyes de los caballeros andantes, que jamás pagaron posada ni otra cosa en donde estuvieran.

—Poco tengo yo que ver con esto; págueme y dejémonos de cuentos y caballerías —dijo el ventero.

—Sois un estúpido y un mal ventero —dijo don Quijote.

Dicho esto, subió al caballo y salió de la venta, sin que nadie lo detuviera, y él sin mirar si le seguía su escudero.

El ventero quiso cobrar⁶⁹ de Sancho Panza, pero dijo lo mismo que su amo, que para él también valían las leyes de la caballería.

Quiso la mala suerte que en la venta hubiera gente alegre y juguetona que decidió divertirse con Sancho. Fueron hacia él y lo bajaron del asno. Uno de los hombres trajo una manta y, puesto Sancho en el centro, comenzaron a levantarlo en alto y a reírse de él.

Las voces de Sancho llegaron a oídos de don Quijote, que volvió a la venta a ver qué le sucedía a su escudero. Cuando vio lo que sucedía, comenzó a decir tantos y tales insultos que es mejor no escribirlos. Pero los hombres no paraban de mantearlo, hasta que se cansaron y lo dejaron en suelo. Le trajeron el asno y lo subieron encima porque él no podía moverse.

Sancho rogó a Maritornes que le trajera un vaso de vino y, una vez bebido el vaso, salió de la venta muy contento de no haber pagado nada, aunque el ventero se quedó con las alforjas en pago de lo que se le debía, sin que Sancho las echara de menos por lo mareado que estaba.

⁶⁹ cobrar – взыскать плату

Capítulo XV

La aventura de los rebaños de ovejas

Llegó Sancho adonde estaba don Quijote y al verlo le dijo:

—Ahora creo, Sancho bueno, que aquel castillo o venta está encantado, porque los que se han divertido contigo, ¿qué podían ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Lo sé porque no pude ni bajar del caballo para vengarme, y es que me tenían encantado.

—Yo también me hubiera vengado, pero no pude. Aunque yo creo que los que se han burlado de mí no eran fantasmas, sino hombres de carne y hueso, y todos tenían sus nombres, como nosotros. Lo mejor sería volvernos a casa, ahora que es tiempo de la siega, y cuidar de nuestra hacienda en vez de andar de la ceca a la meca⁷⁰.

—¿Qué poco sabes, Sancho —respondió don Quijote—, de asuntos de caballería! Ten paciencia, que un día verás qué honroso es andar en este oficio. ¿Qué mayor alegría puede haber que vencer en una batalla? Ninguna.

—Así debe de ser —respondió Sancho—, pues yo no lo sé; pero desde que somos caballeros andantes no hemos vencido en ninguna batalla. Sólo en la del vizcaíno, y así y todo vuestra merced salió sin media oreja.

Iban conversando cuando don Quijote vio que se levantaba una gran polvareda⁷¹ por el camino. Entonces se volvió a Sancho y le dijo:

—Hoy es el día en el que se verán mi buena suerte y el valor de mi brazo. ¿Ves aquella polvareda, Sancho? Se trata de un numerosísimo ejército que viene por allí.

—Serán dos ejércitos —dijo Sancho—, porque por este lado se levanta otra polvareda.

Volvió a mirar don Quijote y vio que era verdad; entonces se alegró muchísimo porque pensó que venían a enfrentarse en aquella llanura. Pero la polvareda la levantaban dos grandes rebaños de ovejas que venían por el mismo camino en diferente sentido.

Tanto insistió don Quijote en que eran ejércitos, que Sancho se lo creyó y le dijo:

—Señor, ¿qué hemos de hacer nosotros?

—¿Qué? —dijo don Quijote—. Defender y ayudar a los necesitados. Y has de saber que este ejército que viene de frente lo conduce el gran emperador Alifanfarón, y el otro es el de su enemigo, Pentapolín del Arremangado Brazo, llamado así porque siempre combate en las batallas con la manga del brazo derecho subida.

—¿Y por qué se quieren tan mal estos señores? —preguntó Sancho.

—Se quieren mal —dijo don Quijote— porque este Alifanfarón es un cruel pagano⁷² y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano.

Siguió don Quijote nombrando caballeros y príncipes que según él venían en uno y otro bando, además de países y ríos de todas partes para destacar la importancia de la imaginada batalla. Cuando don Quijote terminó, le dijo Sancho:

—Señor, yo no veo ni gigantes ni caballeros; quizá todo sea encantamiento.

—¿Cómo dices eso? —respondió don Quijote—. ¿No oyes el relinchar⁷³ de los caballos, el sonido de las trompetas y el ruido de los tambores?

—Yo lo único que oigo —contestó Sancho— es balido⁷⁴ de muchas ovejas.

⁷⁰ andar de la ceca a la meca – слоняться, метаться туда-сюда

⁷¹ polvareda – облако пыли

⁷² pagano – язычник, иноверец

⁷³ relinchar – ржание лошади

⁷⁴ balido – блеяние

No resistió más don Quijote y se lanzó a todo galope contra el ejército de ovejas y comenzó a atacarlas con su lanza con tanto coraje que mató más de siete.

Los pastores le daban voces para que parara, pero él no hizo caso. Entonces sacaron sus hondas⁷⁵ y comenzaron a tirarle piedras. Una de ellas le rompió dos costillas.

Don Quijote se acordó del bálsamo, sacó la aceitera y bebió unos tragos; pero antes de terminar de beber le alcanzó otra piedra que rompió la aceitera y le quitó tres o cuatro dientes. Fue tal el golpe, que don Quijote cayó del caballo. Los pastores, que creyeron que lo habían matado, recogieron su ganado a toda prisa y se fueron.

Cuando Sancho vio que se habían ido los pastores, se acercó a don Quijote y le dijo:

—¿No le decía yo, señor don Quijote, que no eran ejércitos sino rebaños de ovejas?

—Sin duda —dijo don Quijote— que todo esto es un encantamiento, amigo Sancho. Seguro que ahora mismo son ya ejércitos de hombres, como te he dicho.

Quiso Sancho curar a su amo y fue a buscar las alforjas para coger lo necesario. Al descubrir que no las tenía, casi se vuelve loco: pensó en volver a su casa aunque perdiera el salario y la ínsula prometida.

Cuando don Quijote vio a Sancho tan preocupado, le dijo:

—Has de saber, Sancho, que todas estas desgracias son señal de que pronto sucederán cosas buenas porque no es posible que el mal ni el bien duren siempre. Y así, como el mal ha durado mucho, el bien está ya cerca.

—Sí, pero me faltan las alforjas —dijo Sancho.

—Entonces no tenemos nada para cenar —dijo don Quijote.

—Así sería —dijo Sancho— si no hubiera por aquí hierbas que vuestra merced dice que conoce.

—Con todo —dijo don Quijote—, yo tomaría mejor un buen trozo de pan y dos sardinas que cuantas hierbas existen. De todas formas, sube en tu asno y sígueme, que Dios da de todo y hace salir el sol sobre los buenos y los malos.

—Mejor era vuestra merced para predicar —dijo Sancho— que para caballero andante. Vámonos ahora de aquí y busquemos un lugar en que alojarnos esta noche donde no haya mantas que me suban por los aires ni fantasmas.

—Pídeselo tú a Dios, hijo —dijo don Quijote—, y guía tú por donde quieras; que esta vez seré yo quien te siga a ti. Pero antes mira bien cuántos dientes y muelas me faltan.

Metió Sancho los dedos en la boca y le dijo:

—Pues en esta parte de abajo no tiene vuestra merced más de dos muelas y media; y en la arriba, ni media, ni ninguna.

—¡Mala ventura la mía! —dijo don Quijote—. Más quisiera haber perdido un brazo, siempre que no sea el de la espada. Porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como un molino sin piedra⁷⁶, y que hay que valorar más un diente que un diamante. Pero así es el duro trabajo de los caballeros andantes. Sube al asno y guía, que yo te seguiré al paso que quieras.

Empezaron a caminar poco a poco, porque el dolor no dejaba descansar a don Quijote, mientras Sancho contaba algunas cosas que luego diremos.

⁷⁵ honda – праща, рогатка для метания камней

⁷⁶ Molino sin piedra – мельница без жернова

Capítulo XVI

La aventura de los batanes

77

Iban don Quijote y Sancho conversando tranquilamente cuando Sancho miró a don Quijote y le dijo:

—Si alguien le pregunta quién es vuestra merced, le dirá que es el famoso don Quijote de la Mancha, también conocido como el *Caballero de Triste Figura*.

Don Quijote preguntó a Sancho por qué lo llamaba así.

—Yo se lo diré —respondió Sancho—. Le he estado mirando y tiene vuestra merced la más mala figura que he visto. Debe de ser por el cansancio de los combates o por la falta de las muelas dientes.

—No es eso —respondió don Quijote—. Será que al sabio autor de esta historia le habrá parecido bien ponerme algún nombre que me describa, como sucedía con otros caballeros en el pasado: uno se llamaba el de la Ardiente Espada; otro, el del Unicornio; otro, el de las Doncellas... Y así, digo que el sabio te ha puesto en la lengua y en el pensamiento el nombre de *Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy. Y para que me reconozcan mejor, haré pintar en mi escudo una triste figura.

—Pues yo digo —dijo Sancho— que tiene tan mala cara por el hambre y la falta de muelas.

Al poco tiempo, llegaron a un espacioso y tranquilo valle donde se pararon a descansar sobre la hierba. Lo que más lamentaba Sancho era no tener vino ni agua que llevarse a la boca. Viendo que el prado estaba lleno de hierba, Sancho dijo:

—No es posible, señor, que no haya por aquí cerca de una fuente o un arroyo que dé humedad a estas hierbas. Será mejor que vayamos a buscar el agua que calme esta sed que es peor que el hambre.

A don Quijote le pareció bien y comenzaron a caminar sin ver por dónde andaban, porque la noche era muy oscura. Al poco tiempo, oyeron un gran ruido de agua y unos terribles golpes de hierros y cadenas.

Quiso don Quijote ir solo a buscar la aventura, pero Sancho, que estaba muerto de miedo, ató las patas a Rocinante para que no pudiera andar.

Don Quijote, creyendo que su caballo estaba encantado, decidió esperar a que fuese de día.

Sancho sintió ganas de desocupar su vientro y lo hizo allí mismo. Como don Quijote tenía buen olfato, enseguida le llegó el mal olor.

—Me parece, Sancho, que tienes mucho miedo.

—Sí tengo —respondió Sancho—. Pero ¿en qué lo ha notado vuestra merced?

—En que ahora hueles, y no a perfume precisamente —dijo don Quijote.

—Bien podría ser —dijo Sancho—; pero yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae a oscuras por estos sitios desconocidos.

—Aléjate un poco, amigo —dijo don Quijote—, y de ahora en adelante ten más cuidado con tu persona y más respeto hacia mí.

Con estas y otras cosas pasaron la noche. Al amanecer, cruzaron un bosquecillo de castaños y se encontraron una gran cascada de agua y, al lado de unas rocas, unas casas de donde salían los golpes que tanto los habían asustado.

Don Quijote se fue acercando y pensó con todo su corazón en su señora Dulcinea, suplicándole que le ayudara en la aventura que se acercaba. Se aproximó un poco más y descubrió

⁷⁷ batán – сукновальная машина

la causa los ruidos: eran seis mazos de batán que con sus golpes alternativos producían aquel estruendo.

Cuando don Quijote vio lo que era, se quedó mudo y pasmado⁷⁸. Sancho empezó a reír con tantas ganas que contagió a don Quijote.

Esto animó a Sancho a seguir riendo, pero entonces don Quijote se enfadó y le dio unos buenos golpes en la espalda al escudero.

—Tranquilícese vuestra merced —suplicó Sancho—, que no me estoy burlando.

—Ven aquí, señor alegre —dijo don Quijote—, ¿crees que si en lugar de ser mazos de batán hubiera sido otra peligrosa aventura, yo no habría mostrado valor para llevarla a cabo? ¿Estoy yo obligado, siendo como soy caballero, a conocer y distinguir los ruidos y saber cuáles son de batán, o no? Y además, yo no los he visto en mi vida, y vos sí, como villano⁷⁹ que sois, criado y nacido entre ellos. Si no, haced que estos seis mazos se convirtieran en seis gigantes y veréis cómo quedan cuando yo acabe con ellos.

—No hablemos más —dijo Sancho—, que yo confieso que me he reído demasiado. Pero ¿verdad que ha sido cosa de risa, y de contar, el miedo que hemos pasado?

—No niego que no sea cosa de risa —replicó don Quijote—, pero no de contarse, que muchas personas no saben ser discretas.

—En adelante —dijo Sancho—, solo hablaré para manifestarle mi respeto como a mi amo y señor.

⁷⁸ pasmado – изумлённый

⁷⁹ villano – деревенщина, из простонародья

Capítulo XVII

La aventura del yelmo de Mambrino

80 81

Comenzó a llover un poco y Sancho intentó resguardarse en el batán, pero don Quijote no quiso entrar para olvidar la pesada burla. Cogieron el camino que habían traído el día anterior y, al poco rato, descubrió don Quijote un hombre a caballo que traía en la cabeza una cosa que brillaba como si fuera de oro. Se volvió a Sancho y le dijo:

—Me parece, Sancho, que se va a cumplir aquel refrán que dice: «Donde una puerta se cierra, otra se abre». Digo esto porque, si no me engaño, viene hacia nosotros uno que trae en su cabeza el yelmo de Mambrino.

—Mire vuestra merced bien lo que dice y lo que hace —dijo Sancho—, no se vaya a engañar.

—¿Cómo me puedo engañar? —dijo don Quijote—. ¿No ves tú a aquel caballero sobre un caballo negro que trae en la cabeza un yelmo de oro?

—Lo que yo veo —respondió Sancho— es un hombre sobre un asno que trae en la cabeza algo que brilla.

⁸⁰ yelmo – шлем

⁸¹ Mambrino – согласно рыцарским романам, мавританский царь Мамбрин потерял в сражении свой чудодейственный шлем

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.